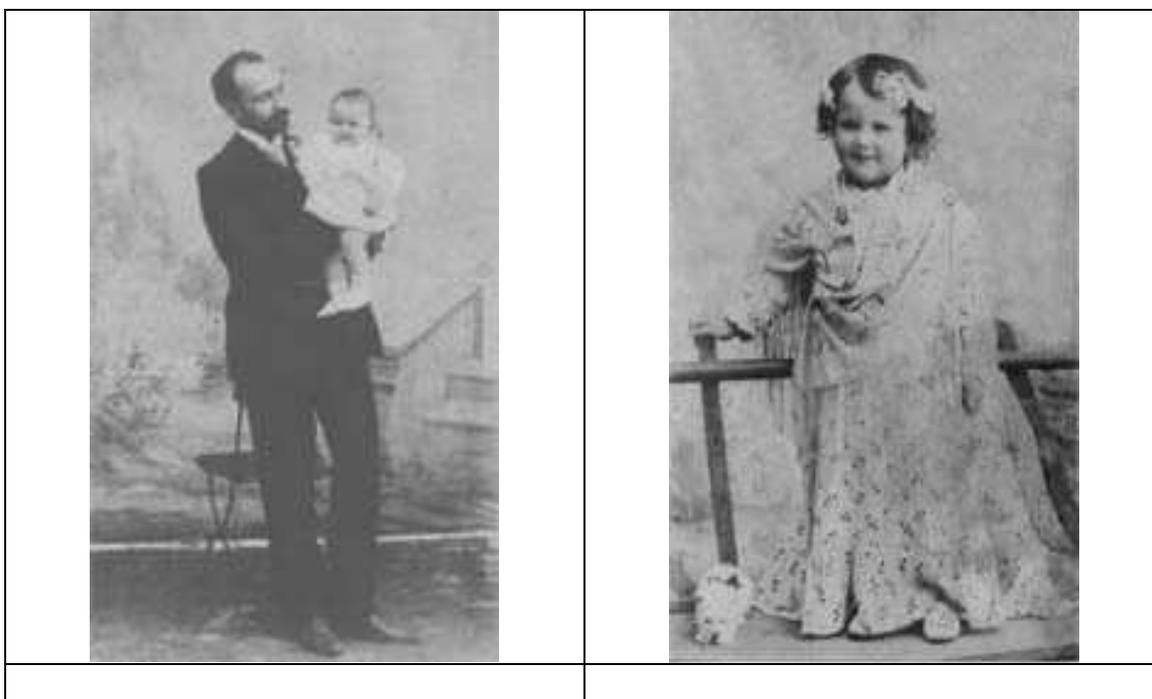


Biografía

María Zambrano Alarcón (Vélez-Málaga, España, 22 de abril de 1904 – Madrid, 6 de febrero de 1991)



1904

Nace el 22 de abril en Vélez-Málaga (Málaga), hija de D. Blas José Zambrano García de Carabante y D^a. Araceli Alarcón Delgado, naturales, él de Segura de León (Badajoz) y ella de Bentarique (Almería). Ambos son maestros en la Escuela Graduada de Vélez de la que el padre es el regente¹. D. Blas Zambrano, años antes, había fundado y dirigido un periódico titulado X, de tendencia anarquista, aunque con repulsa de toda violencia. Muy pronto, D. Blas evolucionará hacia tendencias socialistas. 1. Para los años de 1904 a 1946 téngase en cuenta la peculiar autobiografía de Zambrano Delirio y destino. Por lo demás, los estudios biográficos más exactos realizados hasta ahora son: la cronología de Julia Castillo que ha sido publicada en el catálogo de la Exposición correspondiente al Premio Cervantes de 1988, Ministerio de Cultura 1989; en el libro de María Zambrano Senderos; en María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes 1988 – Ministerio de Cultura 1989; y en Ínsula, mayo de 1989.

Asimismo, en Juan Fernando Ortega Muñoz: María Zambrano, su vida y su obra, Junta de Andalucía, Málaga 1992.

1907

Pasando una temporada en Bélmer de la Moraleda (Jaén) con su abuelo

materno –cultivador de uvas, comerciante con Inglaterra, especulador de minas, y arruinado al fin–, María Zambrano sufre un colapso de varias horas durante las que llegaron a tenerla por muerta.

1908

Aún convaleciente es trasladada a Madrid (calle de la Redondilla nº 8) donde su padre ejerce durante un curso como profesor de Gramática española. Comienza a asistir a la escuela, cerca de la Plaza de Oriente.



1909

Traslado familiar a Segovia, donde su padre toma posesión de la cátedra de Gramática Castellana en la Escuela Normal. D. Blas Zambrano paulatinamente se convierte en el eje de los movimientos más vivos y progresistas de esa ciudad sumida en la inercia. Con el tiempo será gran amigo de Antonio Machado, y, posteriormente, del escultor E. Barral, quien le esculpirá un busto al que llamó, por su porte romano, «el arquitecto del acueducto». Funda la revista Castilla (1917) y el periódico Segovia (1919). Ingresó en la Agrupación Socialista Obrera de la que será durante algún tiempo presidente. Participó, con A. Machado, en la fundación de la Universidad Popular.



1911

El 21 de abril nace la hermana de María, Araceli.

1913-1921

María Zambrano comienza el Bachillerato. Sólo ella y otra muchacha, asisten a las clases entre jovencitos. En estos años se va fraguando el que Zambrano confesará como el más grande amor de su vida: su primo Miguel Pizarro, junto al que realizará un intenso acercamiento a la literatura. De la biblioteca paterna son las primeras lecturas de Unamuno, Gánivet y, en general, de la llamada Generación del 98: Azorín, Baroja, Ramiro de Maeztu. En 1914 Zambrano publica su primer artículo sobre los problemas de Europa y la paz en la revista de antiguos alumnos del Instituto San Isidro.



1921

Inicia sus estudios oficiales de Filosofía como alumna libre en la Universidad Central de Madrid. Su salud es precaria. En estos primeros años veinte conoce en Segovia a León Felipe, y, a través de su primo Pizarro, a Federico García

Lorca. Oye hablar por primera vez de una joven, Rosa Chacel, que dicta alguna conferencia sobre Nietzsche en el Ateneo de Madrid.

1923

Casi con seguridad fue este año –durante el verano, en las playas de Estoril (Portugal)– en el que D. Blas Zambrano zanjó por «incestuosos» los vehementes amores de los primos Miguel Pizarro y María Zambrano, lo cual le llevaría a él a abandonar España y a ella a recontar una y otra vez la impotencia y dolor que le causó aquella prohibición.

1924

Nuevo traslado familiar a Madrid, adonde Zambrano vuelve con la licenciatura a medias. Es un caso insólito: una señorita española estudiando Filosofía. Vive en el centro de Madrid hasta 1929 en la Plaza de los Carros y desde esa fecha y hasta 1936 en la Plaza del Conde de Barajas

1924-1927

Completa sus estudios de Filosofía asistiendo a las clases de Ortega y Gasset, J.M. García Morente, Julián Besteiro y a las primeras de Zubiri con quien mantiene entonces una gran amistad y quien prestó siempre ayuda a Zambrano en sus inicios filosóficos. Forma parte de la tertulia de la Revista de Occidente y es acaso su elemento más singular. Comienza a asumir un papel de mediadora entre Ortega y escritores más jóvenes, como Sánchez Barbudo o J. A. Maravall.

1928

Participa muy activamente en las actividades de la Federación Universitaria Española (FUE). Desde ella promueve –junto E. González López y J. López Rey– el encuentro con intelectuales y políticos «maduros». Se entrevista personalmente con Valle-Inclán y con Azaña. La noche del 23 de junio, en el merendero madrileño «La Bombilla», tiene lugar el encuentro conjunto de estudiantes –María Zambrano, Fe Sanz, Aurora Riaño, Antolín Casares, Domingo Díaz Ambrona, Emilio González López, Antonio Riaño, Francisco Giral, Salvador Téllez, Pablo de la Fuente y José López Rey– con Luís Jiménez de Asúa, José Giral, Sánchez Román, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Salmerón, Azaña e Indalecio Prieto. A raíz de ese encuentro, fundan la Liga de Educación Social (LES), de evidente resonancia de la Liga de Educación Política que Ortega fundara en 1914. Varios periódicos les ceden a estos jóvenes columnas semanales como La Nau de Barcelona, La Libertad de Badajoz, El Norte de Castilla de Valladolid, La Libertad y El Liberal de Madrid. En estos dos madrileños escribirá María Zambrano, sobre todo en el último, en la columna «Mujeres», de la sección dedicada a la juventud «Aire libre», donde publica una serie de doce artículos de temática esencialmente político-social y en algunos defendiendo un feminismo integrador. Estos artículos tienen una clara tendencia «neorromántica» y «rehumanizadora», acordes con, y aún algunos antecedentes de, las tesis de J. Díaz Fernández, quien en 1930 las recogerá en su libro El Nuevo Romanticismo. Asimismo, muestran ya un sentido social renovador del

liberalismo. Además de ellos, su más importante artículo aparece en el número 4 (julio-agosto) del machadiano *El Manantial de Segovia*: «Ciudad Ausente», prefigurador tanto de su soñada ciudad de la libertad como de la propia razón poética.

Comienza a dar clases de filosofía a alumnos de bachillerato en el Instituto Escuela.

Interviene en diversos actos públicos propagandísticos de la LES. En uno de ellos –en el Ateneo de Valladolid, del que da cuenta *El Norte de Castilla* del 14 de diciembre– tiene un desfallecimiento. Su cuñado, el médico Carlos Díez, le diagnostica su enfermedad: tuberculosis.



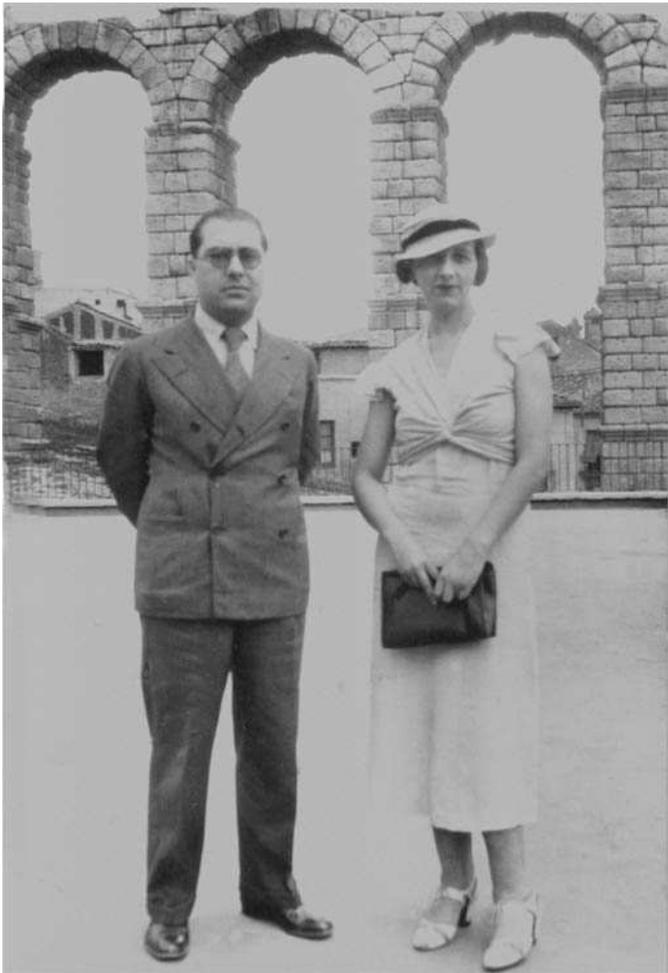
1929

Primera pausa vital y escrituraria: hasta la primavera, guarda reposo en su casa de la plaza del Conde de Barajas y, durante el verano, en una quinta de la Ciudad Lineal. Pero, como atestiguan Los estudiantes frente a la dictadura, de J. López Rey, aun desde su retiro sigue colaborando con la FUE en la elaboración de manifiestos y cartas (como la escrita a Unamuno durante la semana santa). Es el momento –desde el 7 de marzo y la crispación producida por el artículo 53 de la Reforma Universitaria– en que la agitación estudiantil comienza a ser un factor decisivo de acoso a la Dictadura. Zambrano vuelve a pisar la calle y se encuentra viviendo en aquel «tiempo feliz», lleno de promesas, de inocente espontaneidad, y abierto al futuro. Es en el otoño cuando comienza a escribir su primer libro, *Horizontes del liberalismo*, a la vez que se reintegra a las actividades cívicas y agitadoras de la FUE. De estos momentos data su amistad con Jiménez de Asúa y F. de los Ríos.

1930

Vive con moderado entusiasmo la caída –el 20 de enero– del dictador. No

puede haber ya duda de que una carta suya, de 11 de febrero, a Ortega — en la que critica duramente su artículo «Organización de la decencia nacional» y, además de pronunciarse con firmeza a favor de la República, reta a su maestro a situarse a la altura de los tiempos, diciéndole que la monarquía ha de ser destruida— incide claramente en la toma de postura de aquél frente a la monarquía, y en la misma, y tardía, expresión que ello encuentra en el célebre «Error Berenguer» (El Sol, 15 de noviembre) y su colofón, «Delenda est monarchia». Colabora estrechamente con el grupo de Nueva España — en especial con A. Espina y J. Díaz Fernández—, que con su progresismo y humanismo socialista es el mejor representante de la esperanza que subyace en lo que sus mismos integrantes denominaron «el espíritu de 1930», acorde con el «aquel tiempo feliz» con que a él se refiere Zambrano. En este semanario publica cinco artículos «Del movimiento universitario»; «Síntomas»; «Síntomas. Acción directa de la juventud»; «La función política de la universidad» y «Esquema de fuerzas» (éste ya en febrero de 1931). Con el comienzo del curso escolar, retoma sus clases en el Instituto Escuela. En Septiembre había aparecido su primer libro, Horizontes del liberalismo, que propugna una profunda renovación cultural, social y política, asumiendo sin ambages una socialización económica. Recibe excelentes críticas, entre las que destacan las que le hicieron el discípulo de su padre, Blas Manzano, y de Machado, Pablo Andrés de Cobos, en El Socialista, y del mismo J. Díaz Fernández en Nueva España. Su actividad pro-republicana es manifiesta durante todo el año, y se acrecienta en los meses finales. En Delirio y destino ha dejado sendos homenajes tanto al silencio que recorrió Madrid los días 12 y 13 de diciembre, con motivo del alzamiento republicano en Jaca, como a su propia generación, que en estos momentos levantaba a pulso la mismatrágica esperanza que enseguida les anegó.



1931

En el comienzo del curso 1930-1931 es nombrada, también, profesora auxiliar de metafísica en la Universidad Central. J. Caro Baroja ha recordado cómo ya ese año la tuvo de profesora en el Instituto Escuela: «Tenía un gran encanto, sobre todo su maravillosa voz». También imparte clases en la Residencia para Señoritas. De entonces la recuerda, así mismo, Francisco Giner de los Ríos, quien yendo a buscar a una de sus alumnas a la salida de clase, se encontraba que «me conmovía y me inquietaba mucho más su joven profesora de filosofía». También la recuerda, de entonces, en alguna de las tertulias madrileñas, en Recoletos o «La Ballena Alegre». Es el momento en que Zambrano comienza su nunca terminada tesis doctoral – de la que únicamente ha quedado un artículo, «La salvación del individuo en Spinoza», de 1936.

Ante la convocatoria de elecciones municipales, participará en múltiples mítines de la coalición republicano-socialista por diversos pueblos y ciudades (Toledo, La Solana, Manzanares, El Toboso, Córdoba, Trujillo, Villanueva de la Jara, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres, Palencia, Vitoria, Huesca, Teruel). Aquél 14 de Abril – en compañía de R. Santeiro, Juan Panero, A. Serrano Plaja, Sánchez Barbudo, J. A. Maravall y Enrique Ramos – asiste a la Puerta del Sol a la proclamación de la II República española. Ella ha recordado este momento en varios artículos y pasajes de su obra: «Fue tan hermoso como

inesperado, salió el día en estado naciente [...] todo fue muy sencillo: Miguel Maura avanzó con la bandera republicana en los brazos [...]. La desplegó y dijo simplemente: Queda proclamada la República. Fue un momento de puro éxtasis. Horas después, con su padre, su hermana y el marido de ésta, y entre los «hombres pequeñitos, españoles, indígenas», vio a uno de ellos con abierta camisa blanca y brazos abiertos, gritando vivas a la República, y no era sino un «fragmento real de los fusilamientos pintados por Goya».

Para poder seguir estudiando filosofía, rechaza la oferta que le hace Jiménez de Asúa de presentar por el PSOE su candidatura, en la segunda vuelta, a las Cortes.



1932

Es la encrucijada. Posiblemente éste sea uno de los años más críticos, por confuso y contradictorio, de su vida. En lo que la política será el factor decisivo. Es la segunda pausa en el péndulo vital y filosófico de Zambrano. Aunque sustituye a Zubiri –realizando estudios en Alemania– como profesora de metafísica en la Universidad Central, y se vincula más que nunca a Ortega, apenas escribe, su salud vuelve a ser muy delicada, y su estado de ánimo, a mitad del año –conforme se aprecia en la carta que le dirige entonces, llena de fervor, al maestro– es de angustia, por ella misma y por su generación, a la que ve hermética, desorientada, en pleno «delirio» –que como temática es la primera vez que aparece en letra de Zambrano– y sumida en la desconfianza; la perspectiva de una España según sus grandes expectativas, se pierde; y con ella la fe y la solidaridad; no hay sino repliegue y desbandada. Y es éste el momento de su más grave error político –según ella misma–: la constitución y firma del Manifiesto del Frente Español (FE) (Luz, 7 de marzo) –

alentadas en la sombra por Ortega y en la que se expresa su incitación a un «Partido Nacional» — junto a un grupo de jóvenes universitarios, constituido por A. Riaño, J. A. Maravall, S. Lissarrague, J. Santeiro, E. García del Moral y A. Vázquez—. Incluso intentó sumarse J. A. Primo de Rivera, pero lo impidió, personal y contundentemente, la propia Zambrano. Pero el vínculo directo con Ortega es el diputado por la «Agrupación al servicio de la República» A. García Valdecasa y, tras él, A. Garrigues, quienes, sin firmar el manifiesto, constituían, junto a Maravall y a María Zambrano, los elementos más destacados de éste FE. Zambrano se apercibe enseguida del cariz casi fascista que este movimiento adquiere, y, según ella misma, «como tenía poder para ello», lo disolvió. Aún veremos repercusiones de este evento, muy peligrosas para Zambrano en el año 1936. En todo caso, lo que ella no pudo impedir fue que la misma Falange usara las siglas —FE— y aun, inicialmente completos los estatutos de esta orteguiana empresa.

Consta también, este año, Zambrano entra en contacto con la tertulia «Pombo», en torno a Gómez de la Serna, y visita, de cuando en cuando, con su mejor amiga de entonces, la pintora Maruja Mallo, y otros jóvenes, «La Granja del Henar», donde oficia Don Ramón del Valle-Inclán. Allí conoce al que enseguida —y para siempre— será uno de sus grandes amigos, Rafael Dieste. Con él, y con A. Serrano Plaja, E. de Azcoaga y A. Sánchez Barbudo, colabora en la creación de Hoja Literaria, que dirigirán los tres últimos. Se trata del primer intento de lo que acabará siendo uno de los grupos intelectuales españoles de mayor altura, y que cuajará en Hora de España, tras el segundo y breve intento con el Buque Rojo, ya en diciembre de 1936. En Hoja Literaria, en su número I (enero), publicará uno de los pocos escritos de este año: «De nuevo, el mundo», fiel reflejo aún de las esperanzas, cívicas y filosóficas, que verá enredarse a lo largo de todo este confuso año. Triunfará, sin embargo, la filosofía: «Podría ser feliz, sin embargo [...] —le dice a Ortega en la mencionada carta—. Leo filosofía, única cosa que no me extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como a aquello que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas las más aparentes que efectivas traiciones.

1933

Pago de deuda —si la hubo— por su asunto FE. Retorno vibrante y prolífico a la escritura. Reencuentro, ahora sí, con el mundo, con la tarea española, y, en general, con el «otro». Salida de la confusión, del hermetismo y de la angustia. Este año significa el punto de inflexión decisivo tanto para su definitiva conversión en escritora de un singular filosofar, para con su compromiso político con la democracia y la libertad. Participa, junto con R. Dieste, en algunas «Misiones Pedagógicas» (en Huesca y Cáceres). Por carta a aquél, sabemos que su vida no es feliz, trabajando como contratada en el Ministerio de Estado; pero también que el núcleo más decisivo de su pensar ha aparecido ya: llevar la razón, y con ella a los propios Descartes y Husserl, al «humus» de la tierra.

Publica, entre febrero y junio, nueve artículos, desde «El Otro de Unamuno» y «Falla y su Retablo» —en los que ya se inicia su filosofía trágica—, varias reseñas, entre las que destacan las dedicadas al libro de Hoffman Descartes y a las Obras de Ortega (1914-1932), pasando por su primer escrito sobre Nietzsche, en una dura crítica a Lou Andreas-Salomé y su libro sobre aquél hasta el mejor de todos, «Nostalgia de la tierra», donde el pensar la pintura contemporánea la lleva a un planteamiento global de crítica cultural de la pérdida de la «tierra» de la modernidad europea. Este pensamiento de la crisis hace aflorar la filosofía original de Zambrano.

A su vez, se mueve entre cuatro círculos intelectuales, en torno a las respectivas revistas que los aglutinan: el orteguiano de Revista de Occidente, el más juvenil de Hoja Literaria, el personalista cristiano de Cruz y Raya —apoyando a otro de sus más grandes amigos, Bergamín—, y el más neutral de Cuatro Vientos, donde entabla una más directa relación con Lorca, Dámaso Alonso, Guillén, Fernández Almagro, Claudio de la Torre y el propio Juan Ramón Jiménez. Muy sola, sin embargo, se encuentra en su «descubrimiento» de Galdós, del que, según R. Gullón fue pionera.

De su estado anímico, al acabar el año, el mejor testimonio es su escrito «De una correspondencia»: el ir contra viento, la vuelta a los elementos, la dialéctica Afuera-Adentro, expresan una profunda fortificación, un temple interior que acepta el reto de la desolación, de la pérdida de la tierra, de la gravedad misma del pensamiento, condenado siempre a volverse a la retaguardia. A cierta retaguardia siente Zambrano haber de retirarse, como tantos otros intelectuales de izquierda, ante el triunfo electoral de las derechas el 19 de noviembre.



1934

Comienza la nueva filosofía. La lógica del sentir, enunciada al fin de este año como «saber del alma», aparece ya como nuevo camino —un nuevo método— que se bifurca del orteguismo, ridiculizándolo críticamente. En sus doce artículos de este año, la progresión hacia aquel saber es nítida. Y transparente va siendo también su postura política, expresada en sus críticas al fascismo,

tanto en artículos como en intervenciones públicas, tal la habida con motivo de la Conferencia Universitaria Franco-Española, realizada, en abril, en Madrid. En ella se dio cita un amplio espectro ideológico, desde los marxistas a los tradicionalistas, pasando por el «neutral» Zubiri, mientras que Zambrano, desde una posición muy crítica con el liberalismo, y mucho más para con el fascismo, analizó el problema de la relación entre el individuo y el estado, suscitando ya la necesidad de una nueva teoría del hombre, que comienza a desarrollar en sus escritos de este año y hallará su culminación en los de la guerra civil. Desde mayo vuelve a ocuparse — como había hecho ya en 1928, en *El Liberal* y en *Libertad* — de la sección dedicada a la «mujer» por el semanario *Diablo Mundo* que dirige Corpus Barga. Como sucede con un gran sector de los jóvenes intelectuales, el gobierno de coalición derechista, el acrecentamiento de las tensiones sociales, las sucesivas huelgas de CNT y UGT que culminan con la revolución de Asturias, en octubre, y su contundente represión por el Ejército, no hace sino radicalizar su pensamiento y acercarla — sin militar en ningún partido — a posturas políticas de izquierda, y a comenzar un diálogo, que no hará sino acrecentarse hasta 1939, con el Partido comunista, del que van formando parte, como afiliados o como «compañeros de viaje», numerosos amigos suyos. En general, tales radicalización y diálogo van conduciendo su escritura a la ya nunca abandonada impávida errancia por las pasiones y los más íntimos y humillados movimientos anímicos. Mientras Ortega, Unamuno, Pérez de Ayala, Marañón y tantos otros de las generaciones del 98 y del 14 pierden la palabra o se hermetizan, o definitivamente (queda por oír la última paradoja y el grito heroico final de Unamuno el 12 de octubre de 1936, en el *Paraninfo* de Salamanca) se confunden y confunden a otros, comienzan, por el contrario, a ganar la palabra, a aflorar, aclarándose en el momento en que deciden su destino de perdedores (lo que, como en toda tragedia, aún no saben), María Zambrano y sus jóvenes amigos intelectuales, o los que seguirán in crescendo fieles a sí mismos y a una coherente idea de España, como son casos paradigmáticos el propio Blas Zambrano y su gran amigo, Antonio Machado. En tal tesitura publica la joven pensadora los 4 artículos que — sin demérito de los ocho anteriores — significan el arranque de su filosofía: en la primavera, el desolado y radical «Límite de la nada»; en el verano, el ya «musical» «Por qué se escribe» — donde la dialógica de Zambrano, entre la soledad y el corro de los otros, aparece en toda su firmeza —; en el otoño, el fenomenológico «Ante la Introducción a la teoría de la ciencia de Fichte»; y al fin, en el invierno, el proyecto entero de su filosofar, en «Hacia un saber sobre el alma», que le costó la reprimenda del maestro (con razón, pues había roto el cordón umbilical con él), quien la llamó a su despacho, la recibió de pie y le dijo: «no ha llegado usted aquí (señalándose) y ya quiere irse lejos». Y sin embargo, con este artículo sobre el *ordo amoris* de Max Scheler no había hecho sino ser fiel a sí misma, y al orden y conexión en que veía estaba su pensar con la dinámica de su propio pueblo, por lo que había de salir de la retaguardia y dar la voz, la palabra y el rostro. Y arrostrar aquella aurora tan amenazada.

1935

Se ha ido haciendo ya costumbre para un grupo de estos jóvenes intelectuales

—Bergamín, Sánchez Barbudo, Serrano Plaja, Dieste, Maruja Mallo, R. Gaya, I. Manuel Gil, S. Lissarrague, R. Gullón, Rosa Chacel y los más jóvenes, J. A. Maravall y E. de Azcoaga—, y ocasionalmente también Neruda, L. Rosales, Lorca o L. Cernuda, ir a tomar el té a casa de María Zambrano en la plaza del Conde de Barajas, los domingos por la tarde. Cela ha recordado cómo allí conoció a Miguel Hernández. Éste y Zambrano se hicieron entonces grandes amigos y juntos se iban, calle Segovia abajo, a sentarse junto al Manzanares, donde se cuentan sus respectivas penas de amor. El poeta de Orihuela dedicó a Zambrano su poema «Casa amarilla». Con Miguel Hernández, Juan y Leopoldo Panero, Luis Rosales, R. García Tuñón, L. Felipe Vivanco, J. F. Montesinos, A. Serrano Plaja, Neruda, Delia del Carril, Bergamín, Gerardo Diego, aparece Zambrano en la foto del banquete en homenaje a V. Aleixandre, sentada entre P. Salinas y Díez Canedo. Es una de las pocas jóvenes mujeres que —como R. Chacel, M. Mallo o M^a Teresa León— figuran por derecho propio en los círculos intelectuales (masculinos): Revista de Occidente, Cruz y Raya, «Pombo». Es ya sintomático el que en este año sólo aparezca un artículo suyo en Revista de Occidente —«Un libro de ética. (Sobre Ética general de R. del Prado)»— y que todos los conocidos versen sobre ética, crítica de libros políticos y balance político de la situación universitaria, como «El año universitario», que apareció en El Almanaque Literario 1935 que conmemoraba los centenarios de Lope de Vega y del romanticismo español, con diversos apartados dedicados al año poético, novelístico, científico, etc.; y en el que se dan cita también J.F. Montesinos, Díez Canedo, B. G. Candamo, Lorca, Camón Aznar, A. Espina, F. Vera y E. Oliver. Pero más que un año de escritura, lo es de reflexión y diálogo político y de amplias lecturas: de él datan los encuentros decisivos con las obras de Dostoievski, Kafka, Proust y el desconocido en España (entonces y ahora) León Bloy, cuyas novelas, *Le desesperée* (1886), *La femme pauvre* (1897), ensayos, *Les dernières colonnes de l'église* (1903), y sus Diarios —*Le mendiant ingrat*; *Le pelegrin de l'absolue* y *La porte des humbles*—, de 1892 a 1917, causarán en Zambrano un efecto tan duradero como el de su vida entera. Es también un año de intensas lecturas filosóficas: de un lado, descartes, Husserl, Kant, Fichte y Hegel; de otro, el pitagorismo, Platón, Plotino, los santos Padres y la gnosis; en el centro, Spinoza, sobre quien prosigue su inacabada tesis.



1936

A comienzos de año está enfrascada en Spinoza, sobre el que publica, en marzo, lo único que se conoce de su tesis: «La salvación del individuo en Spinoza». Ese mismo mes aparece, en *El Sol*, su «Ortega y Gasset universitario», nuevo bienintencionado intento de situar al maestro a la altura de la historia y de lo que Zambrano considera es el destino de aquél y su «figura». Ofreciendo el que cree sea el verdadero rostro del maestro, en realidad es ella misma quien da la cara. Vuelve a participar en mítines a favor del Frente Popular, al par que escribe otro de los artículos decisivos de esta época: «Desde entonces», que publica en primavera, en *Noroeste de Zaragoza*, y donde retoma la serie iniciada con «De nuevo, el mundo», y proseguida en «Nostalgia de la tierra» y «Límite de la nada». El 18 de julio se suma al Manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC), en cuya redacción participa, y que aparece encabezado por Alfonso Rodríguez Aldave —enseguida su esposo— y en el figuran, entre otros muchos, sus más allegados, como L. Cernuda, M. Altolaguirre, Concha Albornoz, R. Chacel y su marido Timoteo Pérez Rubio, R. Dieste, Sánchez Barbudo, Serrano Plaja, J. Chabás, Bergamín o el filósofo E. Imaz. Había que estar con el pueblo, comprometerse íntegramente con él. El pueblo, puesto en armas; «Puesto en pie», escribirá inmediatamente Zambrano, en su artículo de Septiembre, «La libertad del intelectual», cuyos acentos, ideas y ardor resuenan todavía en *Viento del Pueblo* (1937), de Miguel Hernández: «Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo». Incardinada de lleno en las actividades de la AIDC, Zambrano tendrá, de inmediato, problemas en y desde esa Alianza. En: se la denuncia como fascista por haber participado en el FE. Ella misma provoca un «juicio», en el que comparece ante los aliancistas. Bergamín y Alberti zanján la cuestión. Desde: en Asamblea de la Alianza del 30

de julio se ofrece a conseguir la firma de Ortega –en ese instante recluido, enfermo, en la Residencia de Estudiantes– para un manifiesto, muy mesurado, de apoyo a la República que habían ya firmado Machado, Menéndez Pidal, Marañón, Pérez de Ayala, Gustavo Pittaluga, Teófilo Hernando, Juan Ramón Jiménez, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Ortega y Antonio Marichalar. Al frente de una comisión de aliancistas, Zambrano consigue convencer a Ortega de que lo firme también. No logra, en cambio, persuadirle para que hable a favor de la República en Radio América. Un año después, Ortega escribirá en su artículo profranquista «En cuanto al pacifismo» – incluido después en «Epílogo para ingleses» de La rebelión de las masas –: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores, a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos, exentos de toda presión».



1937

El 14 de septiembre de 1937 María Zambrano se casa con Alfonso Rodríguez Aldave en el juzgado del Distrito de La Latina, y dado que su marido acaba de ser nombrado secretario de la embajada española en Santiago de Chile, partirán hacia allí a primeros de octubre. Durante el viaje –en el barco frutero Santa Rita, que recalca en varios puertos, atraviesa el canal de Panamá y bordea Ecuador y Perú hasta Valparaíso, desde donde viajan en tren hasta Santiago–, en la parada que realizan en La Habana, conoce, un día de octubre, al que será su más grande amigo: José Lezama Lima. En Santiago trabaja activamente por la causa republicana. Escribe Los intelectuales en el drama de España; envía a Hora de España su artículo «El español y su tradición»; publica en Argentina, en Pan, algunos artículos sacados de aquel libro, y probablemente también la «Carta al Doctor Marañón», en él incluida; y prepara la Antología de Lorca y el Romancero de la guerra civil española, ambas publicadas, como aquel libro, en la editorial santiagueña Panorama. La angustia por estar lejos de España en aquellos momentos impele a Zambrano a volver a ella. Llegan el 19 de junio, el mismo día que cayó Bilbao; en el momento en que comienzan a acelerarse las

salidas de tantos intelectuales republicanos. Su marido se incorpora al frente, y ella se integra a Hora de España, pasando a formar parte de su Consejo de Redacción. Vive en la valenciana Plaza de Castelar. Recuerda Francisco Giner haberla visto con frecuencia en el café Ideal, recién llegada de Chile. Participa en el II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura, del 4 al 17 de julio, colaborando en la ponencia colectiva de los miembros de Hora de España. Durante este congreso conoce a Octavio Paz y a los cubanos Juan Marinello, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier; pero, sobre todo, le impresionan César Vallejo y la gran pensadora francesa, a la que admirará toda su vida, Simone Weil, vestida entonces de miliciana. Entabla gran amistad con Emilio Prados.

Publica, en la valenciana Tierra Firme, un memorándum de las actividades culturales realizadas por la Alianza de intelectuales antifascistas, desde julio de 1936 a julio de 1937; y en Hora de España van apareciendo «Españoles fuera de España» –su más ardorosa muestra de patriotismo republicano–, «La reforma del entendimiento español», «Dos conferencias en la Casa de la Cultura» (de J. Marinello y N. Guillén) y, ya en diciembre, la recensión del libro de A. Machado La guerra, en que se enuncia, por primera vez, la «razón poética». Es nombrada consejero de Propaganda y consejero nacional de la Infancia Evacuada. Participa en la reapertura de la Casa de la Cultura en Valencia –12 de agosto– y en sus actividades. Así, colabora en la gestión de la revista Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura que dirigen Díez Canedo, a quien habrá de sustituir en el tercer número de la revista al marchar aquél a México. El 16 de noviembre le escribe una larga carta a R. Dieste en la que le expresa que la guerra de invasión sobre España, «la guerra de nuestra independencia me ha convertido, quiero decir que me sumergió absolutamente en lo español»; a más de señalarle algunas diferencias con él y manifestarle el cierto dilema en que ella se ve entre estoicismo y cristianismo, poniendo, nuevamente, de manifiesto su soledad y constatando la dispersión de los intelectuales.

[Biografía de la Fundación María Zambrano]

ALBUM FOTOGRÁFICO DE MARÍA ZAMBRANO











































